

ejereis en el corazón! Si de aquí pasamos, Católicos, á contemplar las acciones que Jesus verifica en el Cenáculo, nuestra alma queda absorta, y ha menester de una fuerza que la sostenga en presencia de una institucion como la del Sacramento de su cuerpo y sangre. Mas permitidme que os detenga un momento en un cuadro, donde el Hombre—Dios descarga el último golpe sobre la soberbia humana. Jesucristo *se levanta de la mesa, se ciñe de una toalla, echa agua en una fuente, dobla su rodilla, inclina su frente, lava y enjuga los piés á sus discípulos. . . .* (†) ¡Espectáculo augusto de la humildad, el cielo respetuoso te contempla, la tierra atónita te admira!

Basta, Señor, deteneos: ¿el orgullo del hombre no está ya sobradamente espiado y confundido? . . . Católicos, hai todavía mucha distancia desde el Cenáculo hasta el Gólgota; y el amor infinito del Redentor del mundo no quedará satisfecho hasta no morir por los hombres y dar la última consumacion á su grande y augusto sacrificio. Se acerca, pues, el instante postrero en que van á tener su perfeccion y complemento los oráculos, las figuras, el sacerdocio y la lei; en que la sangre del justo, llevando al cabo el eterno designio que meditaba desde el seno de su Padre celestial, va por último á estrechar para siempre y con un vínculo infinito la prometida y suspirada alianza entre Dios y los hombres. Es llegado el momento de partir para Jerusalem: la última pascua está ya celebrada: el Redentor del mundo emprende ya su camino, pasa el torrente Cedron y penetra en el bosque de las Olivas. . . . El sacrificio está aceptado: el Hijo del hombre va á morir. . . .

(†) Joann. XIII, 4 et 5. (†)

Poder de las tinieblas, sonó ya tu hora! La señal está dada, no con el ósculo del discípulo traidor, sino con la ofrenda sublime que acaba de hacer al Eterno Padre la víctima sin mancha. Llegad pues á consumir vuestro crimen, Pontífice ambicioso, ministros infames; mas abatid primero la orgullosa frente delante de vuestro Rei. No hareis vuestra voluntad contra la suya. Padece, por que lo ha querido así. Prendedle pues, mas aguardad que os lo mande.

¿Qué imaginacion podrá seguir desde aquí los pasos de Jesucristo? ¿Qué dolor podrá representar sus tormentos? En un intervalo bien corto ha visto aparecer contra sí todos los crímenes, sufrido el embate cruel de todas las pasiones, agotado los innumerables recursos de la tiranía, sentido el inmenso peso de toda la crueldad. No han pasado mas que algunas horas, y durante este reducido intervalo, ¿qué de ultrajes no ha sufrido esta victima inocente! Un discípulo le entrega, reniega otro de su nombre, y todos generalmente le abandonan. Solo, en medio de sus verdugos, no tiene ya con quien partir sus dolores y sus penas. Un Pontífice aconseja su muerte, un cobarde satélite de una corte corrompida le dispensa una compasion peor todavía que el último suplicio: azotes, salivas, golpes crueles, sacrílegas burlas, comparaciones humillantes; la caña de ignominia, la púrpura de mofa, la corona de sangre, el insulto añadido al tormento, la rabia frenética mezclada con la insolente risa, el grito de crucifixion, el sendero que se abre desde el Pretorio al patíbulo, el madero que oprime sus delicados hombros, las peñas que retardan y afligen su dolorosa marcha, la montaña que se eleva como el altar del sacrificio. . . . ¿Donde está el entendimiento capaz de

comprenderlo todo? ¿Donde está el corazón que pueda sentirlo todo? ¿Donde la palabra que haste á expresar todo? ¡Ay, hermanos míos! el cuadro de la Pasión asunto es que hace desfallecer la elocuencia mas animada, y parece que el orador cristiano participa en estos lances del trastorno de la naturaleza.

Hemos llegado por fin al Calvario. Preséntase Jesucristo clavado sobre la cruz á la vista del cielo y de la tierra; pronuncia sus últimas palabras, bebe ya las heces del doloroso cáliz, explica en fin su amor de la manera mas sublime. Esa sed insaciable que le devora, (†) simbolo es del amor infinito que tiene á su pueblo, esa plegaria que sale de sus labios y desarma el brazo de la justicia eterna, es una solemne invitacion de la misericordia al arrepentimiento. (*) Su madre es nuestra madre, (§) Jesucristo va delante de los que se lloran desamparados, y la tribulacion queda santificada. (††) Todo avanza á su fin. Aproxímase ya el desenlace de esta escena misteriosa. Abrense por la última vez los labios de la víctima.... ¿Qué va á decir? Venid, ó pueblos, en multitud, ocupad todas las colinas y todos los valles, cercad esa montaña, mirad esa víctima: que escuchen los cielos y la tierra. Jesus abre sus labios por la última vez: ¿qué va á decir? Atended: no perdais un solo acento: es la palabra salvadora que sanciona la libertad del mundo, el omnipotente grito que hace estremecer los infiernos y abrirse

(†) *Sitio. Joann. XIX, 28.*

(*) *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. Luc. XXIII, 34.*

(§) *Mulier, ecce filius tuus, &c. Joann. ibi. v. 26, 27.*

(††) *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Math. XXVII, 46.*

par en par á las generaciones las puertas de la inmortalidad. Escuchad pues, hermanos míos: Jesucristo va á hablar....

CONSUMATUM EST. (**)

Todo está consumado.

Si, Católicos, todo está consumado: la naturaleza que se trastorna, el pueblo que gime en la mas triste consternacion, el sol que niega su luz al universo, el choque repentino de todos los elementos, el orbe que vacila, los sepulcros que restituyen sus despojos, el velo del antiguo templo que se rompe, son otros tantos ecos sublimes que parecen repetir esta palabra del Salvador: *consumatum est*: todo está consumado.

Jesucristo no trajo á la tierra mas designio que redimir al género humano, regenerar al hombre en la verdad y en la virtud. Todo lo ha establecido ya, y desde que mira su obra consumada, no quiere vivir un instante mas. Anuncia pues el término de su mision divina, é inmediatamente encomienda su espíritu al Eterno Padre, inclina su cabeza....

Ha muerto el Redentor del género humano; mas en esta muerte, Católicos, cuyos caracteres singulares y únicos nos han hecho descubrir á la Divinidad por entre los dolores, tormentos y humillaciones que rodean á la víctima del Calvario; en esta muerte donde acaban sus tormentos, empiezan sus victorias; en esta muerte veo destruido el trono de la muerte, roto y deshecho el viejo hereditario yugo que oprimia desde cuatro mil años atras la cerviz abyecta de innu-

(**) *Joann. XIX, 30.*

merables generaciones. Todo cambia en el mundo moral; las costumbres, la política, las instituciones, la filosofía. Esa palabra de consumacion pronunciada por Jesucristo es un nuevo *fiat* que saca por segunda vez al mundo de la nada. Esa montaña es el cimicento de la ciudad eterna, esa cruz un estandarte glorioso que dará vuelta al mundo y reunirá por fin á todas las generaciones. El sepulcro del hombre es el término de todas las grandezas humanas; la tumba del Mesías será el punto desde donde empiece á levantarse magestuosamente su gloria. Tal debe ser, Católicos, el fruto de su predicacion, de su vida y de su muerte. No basta pues haberle visto renovar el entendimiento humano con el anuncio de su eterna verdad, y ofrecer á la imitacion de los presentes y futuros siglos el mas cumplido modelo de todas las grandes virtudes: es preciso ojear un tanto la historia de su cruz, entrar en el nuevo reino y ver levantarse los eternos muros de su Iglesia sobre las ruinas del paganismo.

TERCERA PARTE.

Imaginaban los judíos haberse asegurado contra todo temor al consumir su crimen, y creyeron los gentiles que abandonando al público desprecio el misterio de la cruz, caería mui pronto el influjo de este grande acontecimiento que miraban ellos con los ojos de su vanidad, como un extraño delirio. ¿Pero qué sucedió? Apenas reciben el Espíritu Santo los Apóstoles, y ya comienzan á sorprender al mundo con el número prodigioso y la celeridad de sus conquistas.

Corre cada uno de los enviados á llenar su mision, y ya desde aquí no se ve otra cosa por todas partes, que una serie continua de prodigios. Nada puede contra ellos, ni el hombre ni la naturaleza: bajo sus piés se aplanan las montañas y las colinas, el mar parece inmóvil: ábrense las puertas de las opulentas ciudades; y estos hombres sin mas armas ni riquezas que la cruz del Salvador, todo lo conquistan con la palabra evangélica, por donde quiera se les rinden los gentiles y los judíos, por todas partes repiten los ecos el nombre del Crucificado. Treinta años apenas han discurrido, y ya casi no hai una ciudad en el universo, donde no tremole con magestad la bandera del cristianismo.

Alarmóse con harto fundamento, Señores, el corazón de todos los enemigos de Jesucristo, cuando conocieron toda la realidad de un poder que tan solemne y gloriosamente se habia ya manifestado. Desapareció la burlona sonrisa de los labios del gentil, y cayó la esperanza del pecho del judío. *Braman entónces á impulsos de un rabioso furor todas las naciones; los pueblos meditan fútiles y ridículos proyectos; se paran erguidos los reyes todos, y los príncipes se congregan á una contra el Señor y contra su Cristo. „Hagamos caer á pedazos, decian, las cadenas con que pretenden aprisionarnos, arrojemos lejos de nosotros el yugo vil que intentan imponernos.”* (†) He aquí, Señores, el centro de todos los votos y el toque de guerra que se iba muy en breve á suscitar contra el cristianismo.

Estaba escrito que la Iglesia de Jesucristo no dejaria nunca de tener crueles perseguidores: él mismo

(†) Ps. II, 1, 2, 3.